

Diego Fusaro 2018" Antonio Gramsci. La pasión de estar en el mundo". Madrid, Siglo XXI de España

MAURO TLACAELEL PURECO LARA¹
mpureco@institutomora.edu.mx

Ser es actuar: la herencia de la "indócil razón" de Gramsci (y sus nuevos reclamadores)

Diego Fusaro es un joven filósofo italiano. No obstante, a su edad tiene ya una profusa obra editorial, centrada en la teoría política, que ha sido traducida a varios idiomas. En nuestra lengua encontramos en la editorial El Viejo Topo sus obras: "Europa y capitalismo" (2015), "Todavía Marx" (2017), "Filosofía y esperanza. Ernst Bloch y Karl Löwith, intérpretes de Marx" (2018) y "Marx y el atomismo griego. Las raíces del materialismo histórico" (2018), editado por Trotta "Idealismo y barbarie: por una filosofía de la acción" (2018) y en ese mismo año desde Siglo XXI España el libro que atenderemos.

Con todo, sobre sí se agita la polémica de manera virulenta. Fusaro se denomina marxista. Su defensa abierta de una política "revolucionaria" y "anticapitalista" es mirada con recelo por la intelectualidad liberal europea que le señala su "anacronismo". En el signo opuesto la izquierda europea censura su oposición a los movimientos sociales contemporáneos, su marcado "conservadurismo" que muestra, para ellos, el retorno de las posiciones "rojipardas" de hace un siglo. Da la impresión que Fusaro disfruta de su posición de *enfant terrible* que navega entre dos aguas aparentemente inconexas.

La traducción de su libro "Antonio Gramsci. La passione di essere nel mondo", originalmente editado en 2015 por la también polémica editorial Feltrinelli, fue azarosa, según señala la traductora Michella Ferrante, debido al uso de neologismos del lenguaje *fusariano* que se verbalizan y conjugan de extrañas maneras en el español. No hay exageración en decir que es un libro denso, así solo ocupe 174 páginas para desplegarse en XI breves capítulos que recorren las categorías del pensamiento de Gramsci. Advierte que no es un libro "sobre" Gramsci, sino que es un libro "desde" él, que busca exponer la obra y categorías de aquel para tensionarlas sobre nuestro momento histórico.

Desde la primera sección Fusaro desenfunda y tira: dentro del "único mundo posible", tras 1989, es difícil construir un horizonte de sentido revolucionario que desafíe el *common sense* social generalizado. No tiene empacho de señalar la irresponsabilidad de la izquierda contemporánea, domesticada y descafeinada, frente al estado de las cosas, una crisis planetaria. Un constante titubeo que habría exasperado al filósofo sardo. Gramsci es famoso, uno de los intelectuales más citados en *papers* académicos, Fusaro manteniendo su línea áspera nos dice que es *famoso*, pero no *conocido*. Su enunciación filosófica - política es olvidada deliberadamente dentro de la academia occidental, con la excepción de América Latina. Heredar a Gramsci es, pues, sostener lo que él denominó "espíritu de escisión", para Fusaro se traduce en reactivar la lucha cultural contra el "monoteísmo de mercado" para poder traer de vuelta el horizonte de una *ciudad futura* que "transformará" la realidad mostrando una alternativa al capitalismo actual y al modelo del comunismo histórico.

Tras el primer apartado sobre la "herencia" Fusaro pasa a cuestionar el "cómo" se ejecuta esa herencia y responde de manera previsible: con actividad, ejercitando la crítica - práctica contra el estado de las cosas. El desarrollo del segundo apartado es una 1 Sociólogo político con líneas de investigación en torno al antagonismo político, la construcción de las identidades políticas, el uso de la(s) memoria(s) para la movilización de los sujetos y la politicidad de las imágenes.

narración sobre el trasfondo biográfico de Gramsci, el papel del encarcelamiento en el desarrollo de su línea de “perspectiva pedagógica”. Explica con detalle que el momento carcelario fue tomado con parsimonia por el revolucionario quien entendió el potencial de transformar el encierro en estudio y girar fuertemente su lectura del mundo. Fusaro intenta, y lo logra, crear una fuerte empatía entre el lector y el filósofo encarcelado bajo la orden fascista de “impedir que este cerebro funcione”. Pinta la imagen de un hombre aprisionado que se mantiene libre al combatir desde sí el fatalismo.

A partir de este apartado biográfico Fusaro comienza a resolver la problematización de cómo liberarnos del aprisionamiento que provoca el fatalismo del “orden actual de las cosas”. Esto lo resuelve con la editorial del único número (1917) de *La Città Futura*: el odio como actividad vital, como ejercicio de rabia apasionada. El odio hace tomar posición al sujeto, lo implica a movilizarse para terminar con lo “terrible del mundo”. Construir un *modus operandi partiano*. Esgrime polémicamente que la acción del sujeto debe ser un rechazo activo a la *dadidad de lo real* oponiendo con su actividad razonada la “fantasía concreta” de lo que puede alumbrar un orden distinto de lo real. Fusaro apela a Marx para construir su argumentación: lo “dado” no es más que lo que Marx denominó el “peso muerto de la historia”, por tanto, la realidad al ser una construcción social e históricamente situada se transforma con la actividad colectiva, de esta forma construye su argumentación del odio como movilizador de la actividad.

Sin dar detalles prácticos sobre la idea de revitalizar la filosofía de la praxis Fusaro retrocede a explicar a detalle la construcción de la obra que conocemos como “Los cuadernos de la cárcel”, el periplo clandestino para salvarlos, el olvido, la recuperación y edición arbitraria de los mismos bajo un orden temático y no cronológico, la posterior discusión de la importancia de entender el desenvolvimiento y maduración del pensamiento del revolucionario sardo y por lo tanto una nueva edición crítica y cronológica de los documentos. Fusaro explica que a partir de esta reformulación se dio la discusión de los dos Gramsci: el activista juvenil del *bienio rosso* preocupado por la organización obrera y el filósofo maduro preocupado por el problema la teoría de la historia y la política. Él considera que si bien sí son dos *momentos* no hay realmente una “ruptura epistemológica”, ya que la lógica de ordenación de las ideas del sardo siempre se mantiene en torno a la operación de la acción transformadora del presente.

En las siguientes secciones Fusaro afila su pasión filosófica y afirma a contrapelo que la filosofía de la praxis gramsciana es una teoría sobre la fundamentación del Ser, una potente teoría de la inmanencia y no solo una vía política para la revolución. Esta noción de la teoría de la inmanencia cobra sentido si atendemos la idea de la acción como constitución del Ser. Partiendo de esto Fusaro intuye que se puede categorizar, también, como una teoría del devenir, ya que la preocupación de Gramsci sobre la historia se resuelve desde el ser-en-acción que irrumpe en la historia. Al ser una teoría política centrada en la contingencia se nos presenta abierta y aquí Fusaro rebate la idea, del Partido Comunista Italiano, de que la obra de Gramsci sea una obra cerrada y total.

Práctica y teoría son una dupla inseparable, así como filosofía y política. Esto fue extraído por Gramsci a través de su atenta lectura de Hegel, Fusaro en la sección VI tampoco oculta su fascinación por Hegel a quien señala como el primero en haber entendido la realidad como proceso de devenir históricamente concreto disputado por contradicciones. Gramsci reformula a Hegel y valora el “momento cultural” de la lucha de contrarios como método eficaz de combate entre posiciones contrapuestas de la realidad. Es a partir de la crítica a Benedetto Croce, intelectual italiano de aquel momento, y su hegelianismo moderado que Gramsci puede formular su intempestiva filosofía de la praxis como *potencia de lo negativo*.

En la siguiente sección Fusaro retoma el punto anterior, sobre el estado del hegelianismo italiano del primer cuarto del siglo pasado, y explica la influencia de Giovanni Gentile sobre Gramsci para dar otra afirmación polémica: Gramsci no fue un marxista. Para formular esto explica la llamada “filosofía actualista” de Gentile, fundada en el inmanentismo del ser como se expresó líneas arriba cuando Fusaro explica el contenido de los Cuadernos, y como Gramsci nunca cruza sus límites, su operación epistemológica fue la de sumarle Gentile al joven Marx, aquel hegeliano que puso el énfasis en la voluntad, como pilar de su teoría política neoactualista y subjetivista. Gramsci se desliga de Gentile con la actividad política, la actividad política total combate el límite objetivo de la historia, buscando correrlo más lejos; de esta forma el comunismo se muestra como actividad inmanente de autoconciencia de un Yo universal que hace la historia y por tanto que supera de todas las divisiones.

La siguiente sección argumentativa se traslada al hincapié cultural que Gramsci hizo a través del concepto de “hegemonía” como el factor real de transformación de la realidad, Fusaro explica que el teórico sardo sostenía una férrea defensa de los cambios culturales dentro de las clases subalternas en contra de las ideas de transformación economicista de la II y III Internacional. Para Gramsci la estrategia revolucionaria eficaz era triangular la lucha política con la económica y la cultural. A esta estrategia la denominó “conformación del bloque histórico”, Fusaro también señala que esta “corrección” del marxismo proviene de la reinterpretación conceptual de otro heterodoxo que influyó ampliamente al sardo: Georges Sorel. En este sentido la hegemonía inicia como la traducción de las reivindicaciones económicas de la clase proletaria al plano cultural y luego al plano político.

El bloque histórico es la hegemonía en movimiento, lo que cimenta a la hegemonía es una ética política que se vuelve consensual. Fusaro anota que hay conceptos subsidiarios a la dupla bloque histórico/hegemonía, como lo son “pueblo – nación” y “voluntad colectiva” puesto que el esquema de pensamiento gramsciano imagina que el despliegue de la hegemonía avanza desde las prácticas cotidianas hasta crear una organización colectiva del modo de vivir que desplace al “viejo” bloque histórico. Si el despliegue de la hegemonía se sustenta en el uso sostenido de la fuerza y la represión de quienes no aceptan el nuevo conjunto de prácticas la hegemonía se debilita y se convierte en mero dominio.

La argumentación gramsciana retorna, pues, al papel de los intelectuales de las clases subalternas para poder construir un sentido común. Fusaro anuda este momento gramsciano con la categoría de “nacional – popular”, explica que Gramsci construye su noción desde un estudio de la literatura, en el cual considera que no existían obras que reflejaran la realidad de las clases subalternas, al no existir una cultura popular arraigada el poder obrero del *bienio rosso* no puede producir hegemonía, en ese intersticio es en el que se forja el fascismo. El fascismo es, para Fusaro, la impotencia dual del mantenimiento de la hegemonía de la clase obrera y también de la burguesía.

Dentro de la exposición de lo nacional – popular en Gramsci se denota el conservadurismo del pensamiento de Fusaro en relación a la tensión mundialización – esfera nacional. En esta sección utiliza a Gramsci para fustigar el papel histórico de la clase intelectual como acomodada “casta cosmopolita” que está desligada de la realidad nacional. Y señala también el discreto olvido de lo nacional por los autores marxistas que siempre evitaron esa dimensión al oponer abstractamente el “internacionalismo”, señala que Gramsci creía que el comunismo como vocación universal debía iniciar desde el respeto de la especificidad cultural. Fusaro sostiene que la emancipación contemporánea pasa necesariamente por la revaloración de la nación y que el proyecto revolucionario

debe “superarla” en tanto que categoría del capital, pero primero debe realizarse lo “nacional – popular”.

Fusaro conecta lo nacional – popular con el papel de los filósofos en el plano político, admite la máxima gramsciana de que independientemente de su profesión cualquier persona puede hacer filosofía si se cuestiona conscientemente las líneas generales de su existencia. El papel de esta figura “orgánica” de intelectual es participar activamente en la lucha de clases cultural formando más cuadros para la organización que les centraliza, en este caso el Partido Comunista a quien señala como “moderno Príncipe”, y “combatiendo” a la intelectualidad burguesa en el plano de las ideas para “ganar terreno” en la “guerra de posiciones” y atraer a más miembros individuales de las clases subalternas al seno del Partido/organización. El siguiente paso que esgrime Fusaro es que los intelectuales deben reforzar, con su actividad, al “moderno Príncipe”, ya que el Partido, en tanto que esfuerzo de voluntad colectiva, es, también, el germen del Estado nuevo sobre el que girará el nuevo bloque histórico tras el *momento* de la revolución.

Fusaro se detiene con su desarrollo argumental del pensamiento gramsciano para dedicarle unas líneas al papel original del sardo como eficaz pensador de la formación estatal y de la sociedad civil desde su óptica de la primacía de la voluntad. La originalidad de Gramsci pasa por haber evitado escindir al Estado de la “sociedad civil” y “sociedad política”, él los distingue como combinación dinámica guiada por consensos y fuerza en donde el propio Estado no es una fuerza monolítica y está segmentado en Estado – gobierno y Estado – legislación. El Estado, burgués, es unitario solo en tanto que es expresión de la situación económica y su subversión es posible modificando la estructura cultural aparejada a la estructura económica capitalista.

La última sección retorna a la argumentación con la que arrancó el libro: el retorno a Gramsci es el regreso operativo de categorías políticas que están ausentes en la discusión contemporánea porque no hay movilización a partir de ellas, la pasión del odio que sentía Gramsci al estar encarcelado ha sido cancelada por las “pasiones tristes” del realismo absoluto de la *dadidad*. Fusaro apunta toda su argumentación contra la “opresión plutocrática de la globalización” llamando a reencauzar la disidencia de la “indócil razón” a la lucha cultural de la guerra contra el capital: para dicha revuelta hay que sumar y guiar a todos los elementos descontentos como sea posible, quizá esta afirmación ambigua de llamado a los indóciles de pensamiento es el espacio en donde Fusaro conecta su biografía con los movimientos populistas de ambiguo talante político. La tarea inmediata que Fusaro observa es reactivar el “moderno Príncipe” y reactivar la política cultural de clase para alimentarle cruzando la “caduca” brecha entre izquierdas y derechas. Afirmación peligrosa que él considera urgente.

Es un libro breve y ligero en su exposición temática, bastante amigable con quien no conoce nada del filósofo sardo, sin embargo, es pesado por su argumentación y corrosivo en sus conclusiones militantes. Es, también, un interesante llamado a reactivar la praxis entendida como actividad multi-situada que lleva a los sujetos-filósofos/intelectuales orgánicos a pensar su relación con el mundo y a transformarlo. Fusaro argumenta muy bien su llamado a las armas de la crítica práctica, quizá haciendo que las críticas no se dirijan contra su estructura argumentativa ni contra su esquema de exposición y queden reducidas simplemente hacia su figura de autor-productor y eso también debe ser anotado como un triunfo para este *enfant terrible*.